



El tabernáculo y sacristía de la iglesia de León.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 31.

LA IGLESIA DE LEON.

(BELGICA.)

Leon, pequeña ciudad flamenca, está situada algunas leguas de Louvain. La construcción de su iglesia, dedicada á San Leonardo, se comenzó en el siglo XIII. Entre las partes mas antiguas, la mas notable es la galería abierta, compuesta de arcos sostenidos por columnas cilíndricas que rodea esteriormente al coro. Las naves, las capillas, deben su construcción indudablemente al siglo XV y XVI. La curiosidad mas célebre de la iglesia, es un tabernáculo del gusto del renacimiento. Este monumento en forma de pirámide, está adornado de figuras y bajo-relieves tallados en piedra representando escenas de la Historia Sagrada; debe su origen á la primera mitad del siglo XVI, y fué ejecutado por orden de Martin Van-Wilve y de su mujer, señores de Oplinter, cuyo epitafio está colocado en el muro izquierdo frente á el tabernáculo, que, como dejamos dicho, es una de las producciones mas puras de estilo de aquella época en Bélgica.

Debemos citar tambien un magnífico fascistol adaptado á un gran candelabro de cobre, que tiene siete brazos y que termina con un crucifijo de doce pies de alto. Está adornado de multitud de preciosas figuras entrelazadas por medio de hojas de parra cinceladas con muchísimo arte.

DEL ISLAMISMO O RELIGION DE MAHOMA

DE LA LITERATURA TURCA.

El islamismo fundado por Mahoma, y cuyos sectarios se distinguen con el nombre de *musulmanes*, palabra que significa *consagrados á Dios*, es una mezcla de las creencias judaicas con algunos dogmas del cristianismo, desfigurados y presentados bajo otra forma por Mahoma.

El islamismo está dividido en muchas sectas; pero las principales son dos, á saber: la de *Omar*, suegro de Mahoma, y la de *Ali*, esposo de Fátima, hija de Mahoma. Los secuaces de Omar no solo creen en los preceptos y dogmas consignados en el *Coran*, que es la Sagrada Escritura de los musulmanes, sino que admiten tambien como ciertas y verdaderas las tradiciones orales de Mahoma, rechazadas por los secuaces de Ali.

La peregrinación á la Meca ó *Ciudad Santa*, como la denominan los musulmanes, es uno de los preceptos de su religion, porque Mahoma, natural de esa ciudad, comenzó en ella su predicación y la estableció como santuario principal y permanente de sus dogmas y creencias.

Los musulmanes observan los ayunos mas austeros y rigurosos durante su cuaresma, que se llama *Ramazan*, á la que sigue la solemnidad del *Bairam*, que dura tres dias y es muy semejante á nuestra Pascua. Con efecto, en esa gran solemnidad cada familia mata un carnero, y le da el nombre de *cordero pascual*: los jefes militares del imperio turco ofrecen en esta circunstancia cuantiosos

presentes al sultan, y este á su vez prodiga gracias y beneficios al pueblo.

Otra fiesta muy notable, que se celebra en memoria del nacimiento de Mahoma, se llama *Meuloud*. Entonces el sultan de Constantinopla se traslada á la mezquita de Selim, que es una de las mas magníficas, vestido muy sencillamente de blanco, y acompañado de algunos pajes. La piedad silenciosa y el recogimiento de los devotos musulmanes, el panegirico del profeta Mahoma, pronunciado con gran pompa por uno de los ministros del culto, la actitud humilde de los oyentes, todo da á conocer que los musulmanes consideran este dia como uno de los mas solemnes de su religion.

El *Cheik* ó *Sherif*, que reside en la Meca, es el gran pontífice de los mahometanos; pero á pesar de esto, su autoridad no puede compararse bajo ningun concepto con la que ejerce el *Mufti*, á quien todos los musulmanes reconocen por verdadero y único representante del Profeta. Su autoridad es temible, porque no se limita á todo lo que dice relacion con las creencias religiosas, sino que se estiende tambien á las leyes políticas y civiles del Estado, depositadas en el *Coran*. Los *Mollahs*, que forman parte del cuerpo sacerdotal, están sometidos á la autoridad del *Mufti*, y lo están igualmente los *Cadís* y los *Imanes*, que pertenecen á la misma gerarquía. Los mahometanos tienen además monjes y ermitaños que suelen distinguirse con el nombre de *Dervises*.

El *Coran*, aunque es un libro atestado de fábulas y extravagancias, no deja de tener algunos rasgos sublimes, y verdades eternas, como nos lo dan á conocer los trozos que vamos á insertar á continuación:

«Dios es el Ser misericordioso é inefable, que ha creado los cielos y la tierra, á Él pertenece el Universo. Hombre, quien quiera que seas, Él sabe tus pensamientos, conoce todo lo que pasa en lo mas escondido de tu alma, nada ignora de cuanto pasa en la tierra. ¡GRAN DIOS! tú eres el único á quien solo este nombre inefable pertenece; y todos esos ídolos divinizados por las naciones, y colocados sobre tus altares, no son sino vasos de barro, que puedes pulverizar de una mirada.

«El orgullo de Lucifer cubrió su resplandor con densas tinieblas; y esta pasión vergonzosa y baja dió lugar á su caída memorable. Los que se dejan llevar de la vanidad del siglo, y no dan gracias al que da y quita las riquezas, se hacen semejante á aquel ángel proscrito.

«La cólera excita en el espíritu humano las mismas tempestades que los vientos furiosos levantan en el mar; hace naufragar á la razón; abre las puertas á la calumnia, á las injurias, al asesinato, y precipita al hombre en el olvido de sí mismo y de la Divinidad.

«El avaro emplea todo su cuidado, y pone en acción sus facultades para llenar sus cofres de oro y plata; pero esta codicia mortífera aleja de su alma la gracia divina, que debe formar su única felicidad, y le hace pobre en medio de sus riquezas.

«La glotonería causó la pérdida del primer hombre, y tambien privará de la gloria celeste á los descendientes que incurriesen en semejante pecado.

«La envidia es un fuego encubierto que turba la tranquilidad y el reposo del que se entrega á ella; le quita la paz del alma, y es su perenne verdugo.

«La pereza es una costumbre horrible, porque no solo

nos desvía de los negocios humanos, sino que también nos entibia en el culto divino y en la observancia de nuestros deberes.»

Pero entre los rasgos sublimes del *Coran* hay otros, como queda ya consignado, que son un tipo de extravagancias pueriles, como el viaje de Mahoma al cielo, referido en estos términos: «El ángel Gabriel, que era su protector y guía, le apareció en sueño, y haciéndole montar sobre un jumento de un gris plateado, le trasportó á Jerusalem, donde vió en el templo á Abraham, á Moisés y á Jesus, que salieron á recibirle, y con ellos dirigió su oración al Ser Supremo. Acabada esta, tomaron el camino del primer cielo, desde el cual pasaron sucesivamente á los otros seis, y aun más allá, porque Dios, según Mahoma y sus discípulos, creó siete cielos.

«En esta última morada, el Eterno se dignó hablar al Profeta (es el nombre que dan á Mahoma los musulmanes), y le declaró lo mucho que le apreciaba sobre todos los que le habían precedido en su celeste misión.

«Yo formé á Adam, le dijo; pero á consecuencia de su prevaricación me vi obligado á castigarle. Escogí á Abraham por amigo mío, pero yo te elijo á ti por mi muy amado. Si conversé familiarmente con Moisés en el Monte Sinai, ¿no estás tú en mi presencia en el cielo donde yo te hablo y tú me hablas? Si levanté á Enoch á una región superior, ¿no estás tú ahora cerca de mí á distancia de dos arcos? Si di á David los Salmos ¿no te he dado yo el *Coran*? Si sujeté los vientos y las aves á Salomón, yo someteré á ti y á tu nación la tierra misma sojuzgada y vencida. Si, en fin, yo crié á Jesus, de mi espíritu y de mi verbo, he escrito tu nombre á la par del mío. Desde ahora no admitiré oración ninguna hasta habernos juntado, y hasta que, confesando que no hay sino un solo Dios, se confiese al mismo tiempo que Mahoma es su profeta.»

Entre los dogmas del *Coran* es muy notable la descripción del paraíso, y la del infierno. En la primera está reunido todo lo que pueda ofrecer de más voluptuoso y deleitable la imaginación de un poeta oriental, como lo indican estas palabras: «El corazón encuentra aquí (en el paraíso), todo lo que apetece, y el ojo todo lo que puede embelesarle. Por la tarde y por la mañana se recibe un sustento seguro; un banquete celestial ofrece esquisitos manjares, y una deliciosa bebida que se sirve en vasos de plata y en copas de cristal. Las ramas de los árboles se doblan delante de los bienaventurados para dejarles coger las frutas, que llevan en abundancia: se ven arroyos de vino, de pura miel, y ríos de leche, cuyo sabor jamás se altera.» En la segunda están reunidas todas las tradiciones mitológicas de los paganos, y algunas ideas cristianas desfiguradas hasta lo sumo, como lo demuestra el trozo que insertamos á continuación: «Los perversos, los malvados, los que han antepuesto la vida de este mundo á la venidera, todos los culpados y su criminal conciencia se hundirán en un abismo de fuego para ser presa de los tormentos y del oprobio. Jamás saldrán de esta mansión de tinieblas, ni aun conservarán esperanza de ver aliviadas sus penas. Cargados con la maldición de Dios, en vano arrojarán clamores y suspiros, y en vano ofrecerán para redimirse todos los tesoros de la tierra. A pesar de sus ofrecimientos, y de sus voces lastimeras allí pagarán sus culpas, mientras duren los cielos y la tierra, en unos braseros cubiertos de remolinos de llamas y de humo.

«Si piden refrigerio, se les suministra un agua, que se-

mejante al cobre derretido, les abrasa la boca: tendidos sobre un lecho de dolor, allí tragan esta horrible bebida. Derrámase sobre sus cabezas agua hirviendo, que devora su piel y sus entrañas; pero apenas consumidas se renuevan, y para ser atormentados con más fuerza, se les agobia de golpes con palos armados de hierro. Cuando el dolor les hace saltar fuera de las voraces llamas, que les envuelve, se les sumerge nuevamente en ellas, y se les dice: «Padece el suplicio que tratábais de fábula ó que vuestra conducta parecía despreciar. Hartaos de penas: sean vuestro alimento las producciones de este árbol, plantado para los malos, que se levanta del fondo del infierno, y cuyos frutos son semejantes á serpientes horribles.» «Cargados de cadenas y encerrados en hediondos calabozos invocan todos los géneros de muerte; pero inútilmente, y jamás alcanzarán el aniquilamiento que desean, ni excitarán la compasión de sus verdugos.»

Mahoma contestaba cuando le exigían milagros, que su misión no consistía en asombrar á las gentes con prodigios, sino en propagar y difundir la buena moral, se jactaba, sin embargo, de haber hecho uno bien ridículo por cierto. Dijo que habiéndose desprendido un gran pedazo de luna, él tuvo fuerza suficiente para cogerle en sus manos, y disponer á su antojo de aquella porción de astro nocturno. Nadie presenció un prodigio tan estupendo; pero sus sectarios lo creyeron ciegamente, y desde entonces los musulmanes, no contentándose con adoptar como blason nacional la luna menguante, dieron á sus vastos dominios el nombre de imperio de la MEDIA LUNA. Algunos sabios opinan de distinto modo, y dicen que los turcos únicamente se atuvieron á una antigua creencia pagana, que personificando á la luna, la había declarado diosa y protectora de Bizancio, hoy Constantinopla. Sea como fuere, cada cual podrá seguir, sin devanarse los sesos en un asunto de tan poca importancia, la opinión que más le agrade. Pero en esta coyuntura no juzgamos fuera de lugar poner en conocimiento de los lectores el origen del nombre de SUBLIME PUERTA, que suele darse también al imperio turco.

Era costumbre muy ordinaria en el antiguo Oriente administrar la justicia delante de las puertas de los templos ó de las casas respectivas de los príncipes reinantes, y en nuestra Sagrada Escritura hay ejemplos que confirman esta verdad. Los turcos, pues, han dado á su imperio el nombre de SUBLIME PUERTA para que tengan entendido todos los pueblos de la tierra, bajo el velo de la alegoría, que reside en ese imperio la administración de la más perfecta justicia, á la que cuadra muy bien el epíteto de SUBLIME, porque la justicia es la mayor de todas las virtudes. En muchas historias el título de SUBLIME PUERTA va unido al de OTOMANA, porque Otomán I, fué el fundador del imperio turco. No queremos, finalmente, pasar por alto que todos los mahometanos, sin distinción ninguna, llevan el nombre de *islamitas*, porque reconocen por su tronco primitivo y único á Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar.

Volviendo nuevamente, después de estas breves digresiones, á Mahoma, no vacilamos en afirmar que su religión encierra principios y dogmas perjudiciales y muy contrarios á los progresos y adelantos de la verdadera civilización: el fatalismo y la poligamia confirman este aserto. La convicción de que todo pende de un inexorable destino corta de raíz el libre albedrío; priva al hombre de toda su actividad, y sofoca el germen de todas las virtudes sociales, como nos da un testimonio de ello, el abandono en que han vivido por mucho tiempo los turcos, persuadidos de que llevaban su des-

tino colgado del cuello, como dijo Mahoma. Pero todos los dogmas y preceptos no llegarán nunca á su cumplimiento en el terreno práctico, si no están conformes con las necesidades inherentes al hombre é inseparables de todo el cuerpo político. Con efecto los mahometanos, á pesar de su dogma que pregona el fatalismo, si se ven hostigados por el enemigo corren á las armas, y hoy han establecido lazaretos, y echan mano de precauciones y medidas enérgicas contra las epidemias y enfermedades contagiosas. En cuanto á la poligamia ó multitud de mujeres, que existe en todo su vigor, debilita los lazos de familia, porque fomenta las rivalidades en el lecho nupcial, y entre los hijos que pertenecen á distintas madres, y envilece al bello sexo, convirtiendo á las mujeres en máquinas de impuros y lascivos deleites, porque la experiencia de todos los siglos, y un sentimiento íntimo y universalísimo, propio de nuestra raza, nos dán á conocer que no cabe partición en los afectos delicados del lazo conyugal.

Mahoma dice en su Coran que la tinta de los vates es mas apreciable que la sangre de los mártires. Estas palabras prueban á todas luces que es muy erróneo el aserto de los que se obstinan en afirmar que Mahoma recomienda y encarece la ignorancia, y si es cierto que el califa Omar entregó á las llamas la biblioteca de los antiguos Tolomeos en Alejandria, diciendo que si aquellos libros contenian doctrinas contrarias á las del Coran eran perjudiciales, y que eran inútiles si no hacian mas que repetirlas; si este hecho muy dudoso, digo, quiere afirmarse como cierto, no es mas que un claro testimonio de que en todos los siglos y en todas las naciones ha habido hombres, que, llevados en alas de su fanatismo, han perpetrado atrocidades.

Los árabes mahometanos, naturalmente belicosos, en los dos primeros siglos del islamismo recorrieron casi toda el Asia con el firme propósito de someter pueblos enteros y reinos bajo su poderoso alfanje; pero luego se dedicaron con ahínco á estudios severos y cultivaron con éxito feliz las ciencias y las letras. En la Edad Media fueron los verdaderos adalides de la humana sabiduría; fundaron escuelas, colegios, academias y tuvieron vates, historiadores y filósofos, médicos y doctos enciclopédicos de mucha y merecida nombradía. ¿No debió la España en esa época gran parte de su cultura intelectual á los árabes mahometanos? ¿No debemos á ellos una multitud de obras antiguas de la docta Grecia traducidas y comentadas? ¿No suministraron los árabes mahometanos una abundante cosecha de noticias literarias y científicas á Alberto el Grande, á Santo Tomás de Aquino, á Rogerio Bacon? Pero los árabes, vencidos por los turcos, perdieron su lustre y grandeza; perdieron su imperio, y hoy sus obras, sepultadas en el fondo de las antiguas bibliotecas, no son mas que monumentos sucesivos del espíritu humano han dado nuevo aspecto y mucho realce á nuestra cultura intelectual.

Los turcos destruyeron el imperio agareno y eclipsaron la literatura árabe; pero entre esos nuevos conquistadores ha habido tambien principes amantes de las letras y algunos sabios acreedores á nuestros elogios.

Mahomet II, que ha adquirido gran fama, tanto por sus grandes conquistas como por sus horrendas crueldades; ese sultan turco, que conquistó Constantinopla, merece ocupar un puesto preferente entre los varones ilustres de su época por haber sabido combinar el valor y la fuerza de las armas con el estudio de las letras, como Julio César en Roma y Federico el Gran Príncipe de Prusia. Mahomet hablaban y es-

cribia con elegancia y facilidad el turco, el árabe, el persa, el griego y el latín: tenia en mucho aprecio á los doctos, y prodigaba halagos y dones á los vates, á los oradores y á todos los que descollaban en las letras. Este sultan abrió una academia en Santa Sofía, y la dotó noble y generosamente, señalando á un buen número de excelentes profesores cuantiosos estipendios, y poblándola á sus espensas de alumnos. Bayacetz II, Aemet I, Osman III y otros sultanes y personajes distinguidos del imperio turco fundaron tambien academias, escuelas y colegios con ánimo de promover la cultura intelectual. Pero, á pesar de tantos y tan repetidos esfuerzos, los turcos han quedado sumidos en la mas crasa ignorancia por el trascurso de largos siglos, y hoy sucede lo propio en todas las provincias de su vasto imperio, á excepcion de Constantinopla, en donde los últimos dos sultanes, el uno padre y el otro hermano del que ocupa hoy el trono, pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance para dar impulso á la civilización y despojar de su rudeza y barbarie al pueblo. En Constantinopla hay un periódico oficial, redactado en lengua turca, y un periódico francés. Una multitud de europeos y griegos, naturales del pais, pero versados en las letras y en la política, ocupan cargos importantes, y hace ya algunos años que se ha abierto una libreria francesa, que va adquiriendo paulatinamente mucha clientela. En Esmirna se publica tambien un periódico francés, y hay escuelas y colegios poblados de alumnos. Pero el método de instruccion en todos los Estados turcos es vicioso y poco sustancial, en términos que se reduce únicamente á explicar á los alumnos los principios elementales de la gramática; á enseñarles un poco de filosofía, que no sale del círculo de definiciones inexactas; á obligarles á repetir de memoria varios preceptos y sentencias del Coran, y á enseñarles las primeras cuatro reglas de la aritmética. El populacho no se cuida de mandar los hijos á la escuela; odia entrañablemente el nombre cristiano, y mira de reojo á los europeos que gastan sombrero de copa, porque Mahoma lo prohíbe á sus sectarios, no permitiéndoles mas que el turbante ó el gorro griego. Los musulmanes mas fanáticos y observadores muy escrupulosos de su ley, se afeitan muy á menudo la cabeza; pero se dejan en la parte superior un moño, porque existe entre los turcos la antigua y venerada tradicion, de que su profeta despues de muertos debe llevarles al paraiso, cogiéndoles por el moño; y los mahometanos, naturalmente voluptuosos, y entregados á la lascivia, anhelan con mucho afán su entrada en la mansion de la eterna bienaventuranza, porque Mahoma dice que en aquel lugar de felicidades, sus sectarios dividirán el tálamo con sesenta mil virgenes, por el trascurso de sesenta mil años. Pero dejando á un lado estas ridiculeces y otras muchas, como la prohibicion de las campanas en todas las provincias turcas, porque Mahoma prohíbe su uso, y volviendo á nuestro principal argumento, decimos que el clero mahometano se manifiesta cada vez mas contrario á las reformas é innovaciones mas útiles en abono de la cultura intelectual, calificando de ociosos y hasta perjudiciales los estudios profanos, que no se proponen como principal objeto encarecer los dogmas religiosos y los preceptos del Coran.

El principe Cantimir en su *Historia del imperio otomano*, Grassi en su obra titulada *Charte Turque*, de Hammer en su excelente obra que lleva tambien el título de *Historia del imperio otomano*, el abate Toderini en su curioso libro sobre la *literatura turca* nos han conservado los

nombres de algunos ilustres mahometanos y escritores de nota; pero nosotros, en atencion á que son muy poco conocidos en Europa, los pasaremos por alto, y vamos á poner término á este artículo con decir, que hoy los jóvenes turcos que pertenecen á familias algo acomodadas, van á estudiar á París ó Londres, porque no encuentran en ningún punto de Turquía, ni en el mismo Constantinopla, medios de instruccion sólida, ni buenos maestros. Ubicini, en su obra sobre Turquía, dice que ese vasto imperio corre á su regeneracion, y que andando el tiempo se colocará al mismo nivel que los Estados cristianos: ¡ilusion lastimosa! El imperio otomano corre á su completa disolucion, y no puede bajo ningún concepto regenerarse, porque sus creencias religiosas, estrictamente hermanadas con sus instituciones políticas, son contrarias y opuestas á toda especie de innovaciones y reformas que tienden al progreso, y á la realizacion de la gran ley, que dice á todos los hombres: «Adelante, y perfeccionaos.»

SALVADOR COSTANZO.

INFLUENCIA DE LAS ACTITUDES DEL CUERPO SOBRE LA SALUD. M. G. Bezeze, en su excelente *Diccionario de la vida práctica*, da útiles consejos acerca de las actitudes habituales de las jóvenes y de los niños durante las horas de trabajo. Es esencial cuidar de que estén bien sentados, con los hombros sobre una misma linea horizontal y la espina dorsal derecha. Los asientos con respaldo deben ser preferidos á los taburetes: vale mas apoyarse de vez en cuando contra la espalda del asiento, que procurar descansar colocando el codo sobre la mesa y tomando así actitudes muy peligrosas para el tallo y para el estómago. Los asientos no deben ser demasiado altos; pues importa que los pies descansen sobre el piso ó sobre cualquier apoyo. Las mesas inclinadas son preferibles á las que tienen el plano horizontal. En fin, no debe prolongarse demasiado la actitud sentada delante de una mesa. El estar de rodillas fatiga mucho los músculos cuando dura largo tiempo, y el estar de pie en una inmovilidad casi completa, puede ser causa de desviacion del tallo en las jóvenes de débil temperamento, ó en las en que el prematuro uso del corsé ha debilitado la elasticidad del cuerpo.

MISCELANEA DE SUCEOS HISTORICOS.

DE LOS DUELOS Ó DESAFIOS, SU ORIGEN Y DESGRACIAS ACABADAS EN ALGUNOS DE LOS MAS NOTABLES.

Dos preguntas se ocurren naturalmente al leer el título que antecede. ¿Cómo entre los pueblos antiguos, aficionados á la guerra hasta el punto de mirar en cada extranjero un enemigo, valerosos hasta rayar en criminales sus bélicas hazañas, tan despreciadores de la vida que una de las principales escuelas filosóficas en que sus mas preclaros varones estaban afiliados, aconsejaba el suicidio como supremo remedio en cualquier evento fatal; como, decimos, desconocieron el desafío, entendida esta expresion segun las ideas posteriormente recibidas? ¿Y por qué motivo la opinion pú-

blica ha respetado esta bárbara costumbre á través de los siglos, cuando tantas instituciones grandes, santas y benéficas cayeron destrozadas ó vacilan mal seguras al rudo empuje del furioso temporal que con el nombre de renacimiento ruge sobre la humanidad desde el siglo XVI, tan fecundo en calamidades (salvo los eminentes hombres que produjo) como estéril para todo pensamiento generoso?

Procuraremos resolver ambas cuestiones antes de dar comienzo al ligero resumen en que nos hallamos empeñados.

Es indudable que las naciones de la antigüedad desconocieron el sentimiento á que en la edad media y tiempos modernos se ha tributado culto hasta llegar al fanatismo bajo el nombre de honor. Esta palabra envuelve una idea vaga y abstracta que trata de indicar la opinion favorable de todos los individuos hacia uno de ellos; opinion que constituye una especie de magistratura sustraída á las leyes y ejercida por el conjunto de ciudadanos, que se confunde, segun nuestro parecer, con lo que se llama aprecio ó buena fama. Todo acto ó palabra encaminados á lanzar el desprecio general sobre una persona ó quitarla una parte de la estimacion pública, privándola de las ventajas que lleva consigo, es un ataque hecho á su honor que se designa con el nombre de injuria. Apenas cualquier hombre es victima de un atentado semejante, la mayoría del vulgo le abruma con su anatema, sin detenerse á examinar la razon ó sinrazon, y en lugar de favorecer al agraviado, el juicio comun se pone de parte del agresor, si el ofendido no acude á pedirle con las armas reparacion del insulto, en cuyo caso no habrá nada que reprocharle.

Como podemos conocer, la razon y la naturaleza rechazan de consuno criterio tan absurdo; por cuyo motivo es natural no fuese acogido antes, de mediar las muy poderosas causas que han influido para que en Europa y demas países donde los naturales de esta region han llevado sus costumbres, haya echado hondas raíces, á pesar de los esfuerzos empleados para descuajarle de sobre la haz de la tierra, por la Iglesia católica siempre, y por eminentes filósofos y célebres jurisconsultos en los tiempos modernos. Asi vemos al irresistible Aquiles, retirarse á su tienda en vez de citar á duelo al jefe del ejército griego, robador de su querida esclava Briseida; á Temistocles sufrir con paciencia el baston de Euribiades levantado sobre él; á Colatino concebir el destronamiento de los reyes de Roma para vengar la muerte y deshonor de su casta esposa, y al turbulento Catilina ahuyentarse del Senado y morir matando al frente de sus cómplices; todos ellos se hallaban dotados de suficiente valor para no temer el encuentro de un solo enemigo; pero á ninguno le ocurrió apelar al medio ineficaz del desafío, que ni desvanece la calumnia, ni hará que se tenga por inocente al culpable, ni remedia el daño causado, y solo probará siempre á los ojos del sabio la triste facultad del linaje humano de recrearse á vista de la sangre de los individuos de su propia especie. Queda sentando que el duelo fué desconocido en la antigüedad; la prueba de ello es que no tenían una palabra que lo significase. La voz *duellum* no designa combate de dos hombres sino guerra entre dos pueblos. En este sentido la usa Horacio.

No desconocemos que se citan en las remotas edades algunos combates singulares, como el verificado entre Turno y Eneas, el de los Horacios y Curiacios, etc., pero ninguno tiene carácter de mezquina individualidad ó venganza particular, sino mas bien se acordaron y llevaron á cabo para dar cima á empresas de utilidad general ó inmensa conse-

cuencia, ó tal vez fueron empeñados en defensa de algun objeto propio, ó con intento de alcanzar la codiciada prenda ofrecida en recompensa de la victoria: al que de otra suerte hubiera procedido se le hubiese condenado por homicida, ó proscrito cual Orestes como presa de las Furias, muriera lejos de todo lugar habitado.

Aunque no faltan escritores que remonten los orígenes del duelo á tiempo anterior á la propagacion del cristianismo, es indudable que la época en que se le vió estenderse, crecer y cimentarse bajo un carácter decidido, fué la del establecimiento del feudalismo por los pueblos septentrionales que destruyeron el imperio romano. La falta de leyes criminales que reprimiesen las ofensas y arreglasen las controversias particulares, la índole guerrera y feroz de estas naciones que les hacia mirar el valor físico como la virtud mas apreciable, la horrible anarquía que reinó durante los primeros siglos de la edad media, en los que la espada era reconocida por la fuente y origen de toda razon y derecho, produjeron naturalmente este medio brutal de decidir los hombres sus mutuas diferencias.

Alberto Crantz en el libro segundo de la Historia de Sajonia dice, que el primer uso de los duelos vino de los escandinavos ó dinamarqueses, cuyas diferencias de cualquier clase que fuesen, se terminaban por este medio; que despues se introdujo entre los sajones, pasó de Sajonia á Lombardía y de Lombardía á las Galias. El rey de los borgoñones Gondebaldo favoreció mucho esta costumbre, y se obstinó de tal suerte en autorizarla, segun refiere Agobardo, obispo de Leon, en el Tratado que hizo del duelo, que no bastaron las prohibiciones eclesiásticas para contenerla. Muy luego casi todos los monarcas de Europa arrastrados por la idea temeraria, general entonces, de que la divina Providencia dirigia siempre la suerte de las armas á favor de la inocencia y de la verdad, y tambien con objeto de poner un dique al abuso que se hacia del juramento en los tribunales como medio justificativo, no solo autorizaron los duelos, sino que ya hacia el siglo X los erigieron en prueba judicial, primero en los asuntos criminales y despues en los civiles, á pesar de la reprobacion y anatemas de la Iglesia.

Sin embargo, de tan inhumano manantial han nacido las ideas con que la opinion pública ha considerado el desafio hasta nuestros dias y los sentimientos de pundonor que todavia obligan á recurrir á él. De esto se convencerá cualquiera que observe la conformidad en esta parte de nuestro modo de pensar con algunas disposiciones legales y usos de aquellos tiempos. Una persona injuriada obtenia de los jueces la satisfaccion de su agravio por medio del duelo: he aquí la máxima de deber uno mismo vengar sus propias ofensas. Un acusado desmentia el testimonio de su acusador y en consecuencia éste solicitaba del tribunal el mismo recurso: véase el principio de que un mentis obliga á batirse á una persona de honor. Los villanos peleaban con palo en lugar de la espada ó lanza: de aquí el considerarse aquel como instrumento afrentoso. El duelo justificaba de una inculpacion: igualmente ahora el que se bate tiende á justificarse de una injuria y desmentirla. En fin, pudieran multiplicarse ejemplos de igual naturaleza, pero bastan los referidos para demostrar la semejanza de nuestras opiniones con las de nuestros antepasados, y por consiguiente las profundas y envejecidas raíces de la sangrienta mania que lamentamos.

Ahora, previas las investigaciones antecedentes, que hemos juzgado necesarias, así como entresacar algunas de

ellas de obras autorizadas en la materia, abreviándolas lo posible, porque no es nuestro intento escribir una disertacion jurídica, pasamos á desempeñar la tarea que nos hemos impuesto, refiriendo algunos de los duelos mas señalados que la historia menciona, dando como es natural, la preferencia á los ocurridos en nuestra patria, ó en que hijos de la noble España han tomado parte, sin escluir varios hechos de armas particulares, que si bien carecen de alguna circunstancia para considerarlos como verdaderos desafios, tienen carácter de tales, y demasiada celebridad para ser omitidos.

Afirma un autor de la edad media hablando de los milagros de San Benito, capítulo segundo, que por el año 500 en que florecia el bienaventurado fundador, hasta los eclesiásticos tomaban parte en la *rabiosa* costumbre del duelo, y si creemos á Mateo Paris en la vida de Enrique III de Inglaterra, era generalmente recibido en los siglos XI y XII que los individuos del clero secular y regular apelasen al reto para terminar sus diferencias. Godofre, obispo, llevó tan á mal que Pedro, obispo de Xanto, hubiese concedido duelo á los monjes Guillermo y Raimundo, que se quejó de esto por cartas públicas, y hallamos que el emperador Federico fué escomulgado en el concilio de Letran, celebrado bajo Inocencio IV, por haber obligado á los eclesiásticos á venir á tan deplorable estremo. Los abades y religiosos empleaban este medio horrible cuando los títulos que poseian contra sus acreedores no eran muy auténticos, y por si les acontecia sostener litigio con personas de distincion que les negasen el combate, tenian guerreros ilustres prontos y escogidos que llamaban *abades ó vicarios caballeros*, que combatian por ellos en este caso. El emperador Othon quiso que las controversias eclesiásticas se terminasen por duelo, y Torcuato nota en su historia de España que en el concilio de Basilea, los padres congregados presenciaron un desafio á muerte entre Juan de Merlo, portugués de origen, aunque habia nacido en Castilla, y Enrique de Ramestant, borgoñon: este Juan de Merlo es el mismo que combatió en campo cerrado con tanta felicidad contra el señor de Charni en la ciudad de Arras, en presencia del duque Felipe.

Rodrigo de Toledo habla de un combate no menos extraño que los anteriores: dice, que, habiendo tratado en 1077 el rey Alfonso VI de Castilla de suprimir en sus estados la liturgia mozárabe ó toledana y sustituirla con el ritual romano, á invitacion del papa Gregorio VII, y encontrando una tenaz y obstinada resistencia en el clero y pueblo á dejar su rito nacional, remitióse la decision á la prueba del duelo. Pelearon, pues, dos campeones, el uno en defensa del oficio romano, el otro en favor del rito mozárabe. Venció este último, y las crónicas toledanas consignan que se llamaba su mantenedor Juan Ruiz de Matanzas y era natural de Castilla la Vieja. Nada sirvió este solemne triunfo. Empeñado el rey en que se adoptara el oficio romano, consiguió al fin en 1078 que se comenzara á introducir en los dominios castellanos, celebrándose por último un concilio en Burgos en que se decretó solemnemente (1085) la abolicion del rito mozárabe; mas cuando se trató de establecer en Toledo esta innovacion, renováronse las disidencias entre el pueblo y el monarca, y temiéndose grandes disturbios se apeló á pedir al cielo nueva sentencia. Convino en que se echasen al fuego los dos misales y en que prevaleciera el que no se quemara y saliera ileso de las llamas. Tambien triun-



fó en esta ocasion el breviario toledano saliendo sin lesion de la hoguera. A pesar de la doble victoria del venerado oficio gótico en las dos pruebas decisivas en aquella edad, mandó el rey que se desterrara de las iglesias de Castilla sustituyéndole con el romano. De aquí procede, segun opinion comun, el conocido adagio: allá van leyes do quieren reyes.

Verdaderamente que necesita el entendimiento hacer un grande esfuerzo, para concebir hayan existido tiempos en que las nociones de moral estuviesen pervertidas al extremo de verse arrastrados los sacerdotes de una religion todo amor y caridad, á echar mano de recurso tan bárbaro é inhumano para solventar sus diferencias, y crecerá la estrañeza si consideramos que las controversias de disciplina eclesiástica se terminaban por iguales medios; mas cesará en parte nuestro asombro si nos detenemos á reflexionar el estado de Europa en aquella sazón, dividida en señorios feudales hostiles entre sí, regidos por leyes contradictorias, si es que leyes pueden llamarse los diferentes pechos, tributos, aráncelos, pontazgos y gavelas impuestas segun el capricho de los terratenientes, sin mas traba que su avaricia ó brutal antojo; situacion que unida á la absoluta carencia de caminos, lo yermo y agreste de provincias enteras cubiertas de bosques y pantanos insalubres, y las cuadrillas de bandidos organizadas con objeto de saltar al caminante, interrumpian toda comunicacion, originando que cada territorio y mucho mas cada iglesia particular, existiese aislada y como independiente de la romana universal, fuente purísima en todas épocas de la justicia y el derecho, por mas que alguno de sus vicarios se haya dejado arrastrar en los asuntos temporales, de la flaqueza inherente á la naturaleza humana, de que no los pone á cubierto su alta dignidad y sagrado carácter; pero nunca olvidemos que la Iglesia católica siempre reprobó con energia el uso del desafío hasta el punto de lanzar el anatema contra los duelistas y declararlos privados de sepultura eclesiástica, de acuerdo con las palabras del Génesis: *La tierra que ha bebido la sangre de tu hermano pide venganza contra ti.*

No se cuentan muchos combates iguales al de Radislao contra San Wenceslao, rey de Bohemia, y como el de Ruy Paez de Viedma contra Rodrigo de Avila, que riñeron tres dias consecutivos sin ventaja. La fortuna pocas veces se manifiesta indecisa, ó por mejor decir, el cielo no hace tales milagros con frecuencia. Estéban Barella, en su Historia de los condes de Barcelona, habla de un combate sostenido en campo cerrado con las ceremonias antiguas, en el que Cínofre de Arria, hijo de don Bernardo Barcino, conde de la Marca Catalana, mató á un sarraceno llamado Bulzaró despues de haber éste desafiado á todos los caballeros cristianos, juzgando imposible se hallase en la cristiandad un hombre que tuviera valor de resistirle. No hemos leído este hecho en ninguna otra parte, pero lo insertamos como procedente de autor que goza bastante celebridad. Paulo Diacono menciona el desafío del rey Cuniberto para dar fin por un combate particular á sus diferencias con Alachis, que le habia arrojado de su estado y cometido en él crueldades y muertes. Guillermo, duque de Normandia, apellidado el Conquistador, tronco y origen de una nueva serie de reyes ingleses, no hizo menos contra Harold, y en tiempo del emperador Othon el duelo decidió el litigio que no habia podido terminar el derecho, sobre si los nietos, difuntos sus padres, debían suceder con sus tios á los abuelos. La fortuna se decidió por los que defendían á los hijos de los hermanos fallecidos. Gautier, gobernador de Cesarea, en Palestina,

despues de haber acusado de traicion á Hugo, conde de Jaffa, se ofreció á dar testimonio con el duelo de la verdad de su acusacion, y Guillermo, arzobispo de Tiro, de quien aprendemos esta particularidad, tambien nos dice en el libro IX de su historia, que Godofredo de Bouillon combatió contra su padre por una venta en que no se convenian, y en diversas ocasiones contra algunos otros, manifestando en todos estos combates un valor extraordinario. Alberto Crantz nota en su *Crónica mayor*, que la Juthia se unió á la Dinamarca por un duelo en que Roe, soberano dinamarqués, triunfó del principe de los sajones Hunding, y añade que Ufon, hijo de Wermond, tambien rey de Dinamarca, venció en otro lance al hijo del rey sajón y á otro caballero, combatiendo á un tiempo con ambos, cuya proeza le atrajo la simpatia y admiracion general.

Andrés de Chesne nos enseña en su Historia de Inglaterra, que Gunhilde, hermana de Canuto II, casada con Enrique, hijo del emperador Conrado el Sálico, se vió acusada de adulterio y apercibida para que buscara un campeón que probase su inocencia combatiendo de solo á solo en campo cerrado. Pero su acusador era un guerrero de gigantesca estatura, esperto en armas y de terrible aspecto, que hacia temblar á los mas obligados á defender á la princesa: tan solo un paje que habia traído de Bretaña, se ofreció á sostener la lid; mas era tan pequeño que ni alcanzaba con las manos á la cintura de su enemigo. A pesar de tanta desventaja, el tierno mozo desjarretó diestramente al coloso, haciendo ver el suceso que muchas veces es inútil la fuerza cuando se lucha contra la astucia y que no siempre esta reservado á los rayos y tempestades echar por tierra á las torres y encinas. Viendo la emperatriz que solamente en apariencia lucia su virtud, se negó al emperador, sin quererle jamás recibir por mas súplicas que se le hicieron, retirándose á un cláustro, persuadida que no bastaba á la esposa de un César ser de pureza inmaculada, sino que tampoco debia oscurecer su fama sospecha alguna que la empañase.

Hubo un duelo entre Godofredo Bainard, acusador, y Guillermo, conde de Eu, acusado de delito de lesa majestad, el año 1096, cuando el joven Guillermo, rey de Inglaterra celebraba una considerable asamblea en la ciudad de Salisbury. Bainard consiguió la victoria, y su derrotado contrario despues de arrancarle los ojos fué reducido al estado de Abelardo, ahorcando en seguida á su escudero, á quien habian antes azotado cruelmente.

Gondeberga princesa de Francia, esposa de Herioldo, rey de los lombardos, tenia en su corte á un caballero llamado Adalulfo, á quien el grande aprecio que manifestaba desvaneció en términos que se atrevió á requerirla de amores. Ofendida la reina de semejante audacia le escupió en el rostro, amenazándole con la muerte por su insolencia y temeridad. Adalulfo trató de precaverse, y con este designio dijo al rey que su augusta consorte, impaciente por sacudir el yugo matrimonial, sostenia inteligencias secretas encaminadas á darle veneno, para contraer segundo enlace con Taso, gobernador de Toscana. El rey, dando crédito á la calumnia con facilidad lamentable, condenó á su inocente esposa á vivir en perpétuo encierro en un castillo donde no pudiera comunicarse con nadie; sentencia que se hubiera cumplido á no mediar Clotario, rey de Austrasia, que mandó embajadores á Herioldo con encargo de hacerle presente que no era justo imponer duro castigo á la reina, parienta suya como descendiente de la casa de Francia, por un delito de que no estaba convencida. Lancelot, uno de los

enviados, consiguió del rey autorizase á Gondeberga para nombrar caballero que citase á duelo al acusador; entonces Ariberto, primo de la desgraciada y bella princesa, ofreció su guante como premio de la batalla: Adalulfo le alzó, pero fué vencido por Ariberto y despues ahorcado, quedando la reina justificada y libre, al cabo de tres años de dura prision.

Bajo el reinado de Luis el Tartamudo, un conde del Gatinos apareció asesinado sobre la cama al lado de su esposa. Acusada esta de haber ayudado á darle muerte ofreció justificarse por juramento; pero el rey halló el caso tan extraordinario que ordenó buscarse un mantenedor que sostuviera su inocencia. Cuando ya no quedaba á la condesa esperanza alguna, ni encontraba persona que por ella se interesase, Ingelger, su ahijado, conde de Anjou, que únicamente contaba diez y seis años, se ofreció á combatir con Gontran, acusador de la sospechosa criminal y caballero el mas valiente y estimado de Francia; le acometió en presencia del rey y de la corte, le cortó la cabeza y libró á la condesa de la prision, salvándola á un tiempo la honra y la vida.

El Excmo. señor don Modesto Lafuente en su apreciable Historia de España, obra muy consultada por nosotros con grande utilidad del presente artículo, cita refiriéndose á Conde, los pormenores de un desafio, ocurrido segun las crónicas árabes el año 370 de la egira (980 de J. C.) cuyo dramático episodio insertamos á continuacion.

«Hallábase Almanzor (1) á la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y Castilla: trababan los campeadores de ambos ejércitos frecuentes escaramuzas mas ó menos sangrientas y porfiadas. En esta ocasion preguntó Almanzor al esforzado candillo Mushafa: «¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes, le respondió Mushafa.—Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, ó siquiera cincuenta?—No confío sino en tres, respondió el candillo.» A este tiempo salió del campo cristiano un caballero bien armado y montado, y avanzando hacia los musulmes, «¿Hay, gritó, algun musulman que quiera pelear conmigo?» Presentóse en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. «Hay otro que venga contra mí?» volvió á gritar el cristiano. Salió otro musulman, comenzó el combate, y el cristiano le mató en menos tiempo que al primero. «¿Hay todavia, volvió á esclamar el cristiano, algun otro, ó dos ó tres juntos, que quieran batirse conmigo?» Presentóse otro arrogante musulman, y á las pocas vueltas, dice su misma crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudian los cristianos con algazara y estrépito, desesperaba el despecho y la indignacion á los musulmes, y el cristiano volvió á su campo, y al cabo de breves momentos viósele aparecer en otro caballo no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de tigre, cuyas manos pendian anudadas á los pechos del caballo, y cuyas uñas parecian de oro. «Que no salga nadie contra él, esclamó Almanzor.» y llamando á Mushafa le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el dia?—Lo he visto por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nues-

tros musulmes están acobardados.—Mejor dirias afrentados,» repuso Almanzor.

«En esto el esforzado campeon con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel se adelantó y dijo: «¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo, Mushafa, esclamó Almanzor, ser cierto lo que me decias, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y si no irá yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás, replicó Mushafa, que pronto tienes á tus pies su cabeza y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo.—Así lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.» Salió Mushafa contra el cristiano y éste le preguntó: «¿Quién eres tú y á qué clase perteneces entre los nobles musulmes?» Mushafa blandiendo la lanza le respondió: «Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia.» Pelearon, pues, ambos adalides con igual brio y esfuerzo, hiriéndose de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, parando los golpes, y entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mushafa, jóven y ágil, acertó á revolver su corcel con mas presteza, y dando una mortal lanzada á su valiente competidor logró derribarle del caballo: saltó Mushafa del suyo, y le cortó la cabeza y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro despojo á Almanzor, fué recibido de éste con un abrazo, é hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército.»

Las crónicas de Cataluña, y mas particularmente el ilustrado señor Bofarull en los *Condes vindicados*, mencionan un célebre duelo, tan romancesco en sus preliminares y consecuencias, que á no verle certificado por documentos existentes en el Archivo de la corona de Aragon y el respetable testimonio de Zurita, Pujades y otros historiadores de critica concienzuda, confesamos que nunca le hubiéramos insertado, temerosos de abusar de la buena fé de nuestros lectores, ó ser tenidos por crédulos en demasía, tomando como verdades las que nunca fueron sino ficciones mas ó menos verosimiles. El hecho pasó como sigue.

Ramon Berenguer I, conde de Barcelona, apellidado el Viejo, mas que por su edad á causa de la prudencia que mostró desde sus primeros años, falleció el 27 de mayo de 1076, dejando al morir su estado pro-indiviso á dos infantes gemelos, Ramon Berenguer II, y Berenguer Ramon II, únicos hijos que hubo en la princesa Almodis. Ya este deplorable esceso de amor paternal, á que se dejaron arrastrar Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla, habia cortado luengos lutos á entrambos reinos, y era consiguiente trajese igual reato de males á la Marca Catalana. ¡Admirable ceguera la de tan esclarecidos príncipes que les estorbó comprender lo pequeña que fué siempre una corona para cubrir mas de una cabeza! Así aconteció que á pesar de haber dejado dispuesto el buen conde que ambos hijos partiesen entre sí las rentas y las gozasen por igual, pronto la discordia se hizo lugar entre ellos hasta rayar donde mas alto no era posible. Ramon Berenguer, nacido el primero, llamado Cabeza de Estopa (*Cap d'Estops*) por el color de sus cabellos, era de condicion suave y pacífica, de buena presencia y agradable aspecto: Berenguer Ramon, el menor, siempre se acreditó de belicoso, turbulento y descontentadizo.

Poco tiempo tardó este último en exigir al mayor pública palabra y testimonio de que en breve plazo se verificaria el reparto de tierras, y siguiendo adelante en su agresiva

(1) El famoso ministro del califa Hixem de Cordoba, que murió el 9 de agosto de 1002 en Medinaceli, á consecuencia de las heridas que recibió en la derrota de Calatañazor (*Kalat-al-Nosor* altura del Buitre ó montaña del Aguila.)

malquerencia, solicitó el cumplimiento de aquella palabra, proponiendo también para el mejor arreglo de la gobernación pública, que cada uno de ellos habitase seis meses en el palacio condal y retuviese como en garantía el castillo del puerto. Ninguna dificultad oponía el sencillo Cap d'Estopes á las exigencias de su hermano menor, alentando con tanta mansedumbre el encono y atrevimiento de aquel hasta el punto de arrancarle al año siguiente 1080, entre varias condiciones, la de guardar en rehenes diez de sus mas importantes y fieles servidores. Condescendencias tan escisivas por parte de don Ramon Berenguer no tuvieron otro resultado que acelerar su ruina.

El día 6 de diciembre de 1082 hallábase el desgraciado conde divertido en la caza de cetrería en un solitario bosque sito entre la ciudad de Gerona y las villas de San Celoni y Hostalrich, descuidado y lejos de sus gentes, cuando asaltado de improviso por multitud de malhechores fué asesinado con crueldad, sino materialmente por su hermano mismo (que de esto nunca hubo evidente certeza) al menos por hombres á su devoción y juramentados para cometer aquella felonía. Queriendo luego el fratricida encubrir su delito, ordenó á sus cómplices arrojar el cadáver á un lago de allí cercano, que á consecuencia fué llamado en adelante *Gorch* ó Lago del Conde, y retiróse por ocultos caminos, persuadido no sería posible descubrir su maldad y mucho menos el origen de ella. Confianza absurda y natural al mismo tiempo en todos los criminales, que nunca podrian lanzarse en la senda del mal sin olvidar la existencia de una Providencia eterna que, rigiendo al universo con arreglo á leyes de inmutable justicia, ni dejará sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, ni sin castigo un pensamiento concebido en perjuicio ajeno. Ahora veremos el sencillo instrumento descubridor del crimen, á cuya intervencion se debió sin duda su castigo, así como los heroicos hechos que llevó á cabo el conde traidor para desvanecer su maleficio.

Al tiempo de caer de su caballo el desventurado Cap d'Estopes, el azor ó halcón que llevaba en el puño levantó el vuelo y fué á posarse sobre un varal inmediato, al que desde entonces denominaron el Varal, Pértiga ó Perxa del Azor: allí colocado estuvo el animal en observacion de todo el suceso, y cuando la comitiva del asesinado Berenguer llegó buscándole alarmada por su desaparicion y viendo al pájaro en la pértiga trataron de cogerle, el ave en vez de acudir al señuelo como acostumbraba, fué dirigiéndose á vuelos cortos hasta el lago, donde empeñados en su seguimiento encontraron el cuerpo del conde su dueño. Con gran llanto le sacaron á tierra y trasladaron á Gerona para darle sepultura eclesiástica, volando siempre delante de la fúnebre comitiva el prodigioso halcón, hasta que llegados á la santa iglesia paró el ave sobre la puerta principal, donde cayó muerta de sentimiento y dolor; en memoria de cuyo hecho pusieron en aquel mismo sitio la figura de un azor de madera, que aun existia en tiempo del cronista Pujades, el cual afirma haberla visto muchas veces hasta el año 1604, en que con motivo de dar mas ensanche al templo, fué derribado el frontispicio, y de consiguiente el simulacro de halcón; si bien el nuevo arquitecto para que no se perdiese la memoria de tan milagroso acaecimiento, puso dentro del templo en el pavimento y en línea vertical del sitio donde se hallaba el azor de madera, una losa mas grande que las otras con su figura esculpida.

Para explicar la conducta del ave no creemos necesario recurrir á un milagro, pues aunque el halcón en estado natural es feroz y sanguinario, llega por medio de la ense-

ñanza, á descubrir maravillosos dotes de instinto: conoce la voz de su amo, le atiende, acude á colocarse sobre su puño, y remontado en los aires abandona la mas codiciada presa obedeciendo al silbato del halconero, trayéndole con docilidad suma la victima que acaba de vencer. Hace ya tiempo que la halconería ha perdido mucha de su importancia, pero en la época en que los soberanos compartian las tareas del gobierno con los placeres de la caza, eran muy conocidas las propiedades que ligeramente hemos descrito.

Dicho esto, para desvanecer los escrúpulos de algun *espíritu fuerte*, volvamos sin detencion á nuestro asunto principal, del que no debemos apartarnos mas.

Un grito de horror é indignacion resonó en toda Cataluña al esparcirse la noticia del horrible crimen. Hacía solo un mes que la sin ventura Mahalta, esposa del infortunado conde é hija del valiente caudillo normando Roberto Guiscard, habia dado á luz un niño, á quien se puso el mismo nombre que su padre llevaba. ¿Qué sería de la viuda desvalida y el huérfano desamparado á merced del que ya no titubeaba la voz general en designar con el epíteto de Fratricida? Sin embargo del público despecho, ¿dónde se hallaría el alentado que tomando sobre si la defensa y tutela de ambos acudiese á echar en rostro al asesino la fealdad de su delito y consiguiente incapacidad para el mando? Alguna intencion de atreverse á ejecutarlo manifestó el primero Ramon de Folch (1083), vizconde de Cardona; mas adelante (1084) vemos siguiendo su ejemplo, los Moncadas, el conde y condesa de Cerdeña, el obispo de Vich y otros barones y allegados de la casa condal, que con sus procedimientos mas ó menos rebozados, manifestaban intenciones de no dejar impune el horrible fratricidio; empero una junta celebrada misteriosamente les hizo conocer las pocas fuerzas con que contaban para tamaña empresa. Ramon Berenguer era pujante y hábil, su delito estaba muy lejos de constar con evidencia, y por otra parte, el testamento del último conde único, sometía al que sobreviviese de los dos hermanos coherederos, el gobierno de los estados que al otro pertenecieron, con más la tutela de sus hijos hasta llegar á mayor edad. Bien fuese por respeto á esta cláusula, ó lo que parece mas cierto, careciendo de medios suficientes de oposicion, creyeron los conjurados oportuno diferir sus planes de venganza é invistieron (6 de noviembre de 1085) con la guarda y tutoria del niño á su tío Berenguer, unida á la direccion de su patrimonio, aunque limitando estos cargos al plazo de once años, término preciso para que el infante huérfano alcanzase á los quince, con el derecho de calzar espuela, el de reinar como soberano.

Las afortunadas expediciones militares de Ramon Berenguer II consiguieron quizá apartar de su cabeza los rayos del Vaticano, pero solo fueron bastantes á suspender el decidido empeño de los magnates barceloneses por castigar al perpetrador de la muerte de Cap d'Estopes. Pudo servirle la importante conquista de Tarragona y su estenso campo como penitencia saludable ante la Iglesia católica, mas no para que los coligados en su daño dejaran de considerarse afrontados combatiendo bajo su bandera, y tan allá fueron con su ojeriza, que no se dieron tregua, especialmente Bernardo Guillermo de Queralt, Ramon Folch de Cardona y Arnaldo Miron, hasta retar como buenos al fratricida y obligarle, segun la ley de caballería, á presentarse en campo cerrado en la corte de Alfonso VI de Castilla, donde fué vencido y convicto de traidor y alevoso.

Entre los años de 1096 y 1097 fué cuando el deshonorado

conde tomó la única resolución compatible con el descredito en que la prueba de su crimen le ponía á los ojos de toda la cristiandad, dejando el Estado á su jóven sobrino y embarcándose para Tierra Santa, donde murió batallando en defensa de la Cruz, dando acaso con el sacrificio de su vida satisfaccion al Eterno Juez, el que no fué bastante con sus hazañas á templar el enojo de los hombres.

A pesar de que la justa critica solo puede admitir como agradables invenciones las desgracias de los siete infantes de Lara y aventuras romancescas del Cid, hemos querido mencionarlas en este relato, aunque ligeramente, considerando lo muy vulgarizadas que se hallan, las muchas leyendas y obras dramáticas á que han dado argumento y la multitud de asuntos que prestan á cada paso á las bellas artes tan floridas consejas. Hé aquí las mas notables en consonancia del asunto que vamos tratando.

Hacia el año 985 se celebraban en Búrgos las bodas del poderoso infanzon Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, propietaria asimismo de gran parte de la Bureba, y prima de Garci-Fernandez, conde de Castilla. Asistían convidados á la fiesta, contribuyendo á su esplendor en gran manera, siete sobrinos del nuevo esposo, hijos de su hermana Sancha y de Gonzalo Gustios y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, uno de los dos primeros jueces de Castilla. Es tradicion bastante acreditada que su padre habia mandado fabricar para ellos un palacio magnifico distribuido en siete salas, de donde fué llamado Salas de los Infantes el pueblo formado á su alrededor. Para mas honrar la ceremonia les habia el conde armado caballeros por su propia mano, y nadie pensaba á la sazón sino en entregarse á la holgura y esparcimiento, cuando se oyó á deshora, primero descompuestas voces, luego como ruido de pelea, gemidos, imprecaciones, ayes y gritos femeniles, y por fin todo era confusion y desorden, y requerir las espadas, y apellidar justicia, y no entenderse ninguno, y aun hay quien asegura llegó el caso de verse menospreciada la autoridad de Garci-Fernandez. Digamos la causa de semejante turbulencia. Entre Gonzalo Gonzalez, el mas pequeño de los siete hermanos, y Alvar Sanchez, primo de doña Lambra, habia surgido una disputa con ocasion del juego de las tablas: el pariente de la desposada denostó al infante con dureza, y este sin esperar á otra cosa, le hirió de gravedad ocasionando gran sentimiento á la novia, que segun el romance:

Feríase en el su rostro,
Con las manos arañando.

Ciega doña Lambra por la cólera, mandó á un criado arrojase al rostro del infante un cohombro teñido en sangre; afrenta la mas terrible que podia inferirse á un caballero castellano, y de naturaleza bien singular ciertamente, que vengó el ofendido dando muerte al agresor en el mismo regazo de la señora, donde corrió á guarecerse. Al verse objeto de tal desacato no tuvo limites la cólera de la rica-fembra: daba voces como una loca diciendo á su esposo:

Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si de esto no me vengades
Yo mora me iré á tornar.

Ruy Velazquez, deseando complacerla en el primer dia de casado, juró satisfacer su enojo esterminando toda la

familia del atrevido mancebo. Para esto comenzó por enviar á Córdoba á Gonzalo Gustios, bajo pretexto de reclamar del califa Hixem cierta cantidad que le tenia prometida; pero en realidad solo era portador el anciano de una misiva en que se recomendaba al rey moro mandase dar muerte al mensajero tan pronto como llegase. Respetando el musulman los fueros de la humanidad, contentóse con poner al castellano en una prision decorosa, que aun contribuian á hacer mas llevadera las visitas de la hermana del monarca, y tanto menudearon estas y tal atractivo tuvieron para la tierna señora las canas del prisionero, que olvidando todo recato, llegó con el tiempo á dar testimonio de su aficcion con el nacimiento de un agraciado infante, á quien se dió el nombre de Mudarra Gonzalez.

Entre tanto no habia estado ociosa la venganza de Ruy Velazquez, antes bien puesto de acuerdo con los moros fronterizos, armó una emboscada á los siete infantes, á consecuencia de la cual fueron estos asesinados en compañía de su ayo Nuño Salido, al atravesar sin recelo los campos de Araviana en las vertientes del Moncayo, aunque vendiendo caras sus vidas.

Pareciéndole corta al rencoroso caballero la satisfaccion que habia tomado de sus aborrecidos enemigos, quiso atormentar el alma, ya que otra cosa no podia, del único que se hallaba libre de sus tiros al abrigo de la hospitalidad árabe. Para esto remitió á Gonzalo Gustios las desfiguradas cabezas de sus hijos, á vista de las cuales hizo el infortunado padre tan sentidas lamentaciones que, movido á compasion el califa, le concedió al momento libertad para que regresase á Castilla á poner algun orden en sus negocios.

No vuelven las tradiciones á mencionar cosa ninguna de él; pero si refieren que llegado Mudarra, aquel fruto de los amores de la hermana del rey moro con el viejo encarcelado, á la edad de catorce años, le reveló su madre el noble origen de que procedia y las desdichas de su padre y hermanos, escitándole al mismo tiempo á marchar á tierra de cristianos, donde tomase satisfaccion de tantos agravios.

Así lo hizo el mancebo, retando á Ruy Velazquez de felon y asesino ante la corte de Castilla, cuyo conde le concedió campo seguro, en el cual dió muerte á su contrario, haciendo que doña Lambra fuese apedreada y quemada despues, como promovedora de todas aquellas sangrientas villanias.

Lleno de admiracion el soberano Garcia-Fernandez en vista de la prudencia y temprano arrojo que manifestó el novel campeón, dispuso fuese bautizado en el mismo dia, armándole en seguida caballero, y hasta su propia madrastra, doña Sancha, sin duda teniendo en cuenta la conservacion y esplendor del linaje de los Laras, le adoptó por hijo y heredero del señorío de su padre.

Esta es la tradicion de los Siete Infantes de Lara, tronco y origen, segun dicen, de la ilustre casa de este apellido. Veamos ahora lo que acerca de los dos retos mas célebres del Cid ha venido contándose por los romanceros posteriores, con mas finura de imaginacion que respeto á la verdad.

Rodrigo Diaz de Vivar, que por sus hazañas y valientes hechos de armas mereció despues el renombre de Cid Campeador, nació en Búrgos algunos años antes del 1060. Fué su padre Diego Lainez, descendiente de don Diego Porcelos, uno de los pobladores de la mencionada ciudad, y de Lain Calvo, juez de Castilla: su madre doña Teresa Rodriguez, hija de don Rodrigo Alvarez, conde y gobernador de Asturias.

Aun era el Cid mozo sin barba cuando el conde Lozano,